

*PREGÓN
DE*

LA FIESTA DE LAS TABLADAS

*En honor a
La Virgen de Fátima*

La Aldea de San Nicolás, Viernes 12 de mayo de 2006

María del Pilar Hernández Matías

Sr. Alcalde.

Estimadas autoridades, comisión de fiestas, amigas, amigos y queridísimos alumnos y alumnas de la antigua escuela de este barrio de Las Tabladas.

Muchas gracias por invitarme a pronunciar este pregón de la Fiesta de Las Tabladas en honor a la Virgen de Fátima, hoy víspera de su festividad, 12 de mayo de 2006.

¡Qué lugar éste! En lo alto del pueblo y en lo alto también de mis recuerdos como maestra, cuando estas fiestas, en honor a la Virgen de Fátima, estaban también en lo más alto.

Todo lo tengo presente. Parece que el tiempo no pasa: la carretera de tierra, los tomateros a cielo abierto, las cuarterías, las tantas familias... Pero sí pasa el tiempo, que no se detiene nunca.

* * *

Los pregoneros de años atrás, Jacinto y Siso, les contaron tantas cosas de la historia más remota y reciente de Las Tabladas que no voy yo a redundar en ello, sino en mis vivencias, en la historia de mi paso por aquí, como maestra, hace

tantos años.

Es la primera vez que hago un pregón de fiestas y para mí es todo un honor que, en éste mi primer año de jubilación, tras 41 años de servicio ininterrumpido, tenga que hacerlo sobre mi primera escuela como propietaria definitiva en La Aldea. Todo ello en el marco de las fiestas patronales en honor a la Virgen de Fátima, en estas Tabladas del siglo XXI.

* * *

Hace 37 años, en 1969, Las Tabladas fue para mí una “tabla de salvación”. Seis años atrás había terminado la carrera de maestra y llevaba cinco de un lado para otro y con la incertidumbre de no saber, al finalizar el curso, dónde me destinarían al año siguiente.

Había pasado por escuelas en San Bartolomé de Tirajana, cuando aún el turismo no había invadido nuestro suelo isleño haciendo estragos con el paisaje; en Acusa Seca de Artenara, en una escuela cueva a la que llegaba caminando por largos, sinuosos y pesados caminos que daban a los precipicios del barranco grande. Estuve en Fuerteventura, cuando entonces era habitada sólo por los majoreros, la de aquellas carreteras polvorientas y aldeas que apenas se veían, mimetizadas con el paisaje. También ejercí un año en el barrio de Tasartico. Le diré que a mediados de semana me venía de este lugar caminando, subía hasta la Degollada y luego bajaba por el camino real hasta

El Hoyo. Al día siguiente mi padre me llevaba en coche a la escuela y así compartía la semana.

Cuando me dieron el destino como propietaria definitiva en Las Tabladas, me alegré enormemente. ¡No se lo imaginan ustedes! Podría trabajar definitivamente en mi pueblo. Y también me podría casar y formar una familia. Y así fue. Todo vino a pedir de boca.

Por eso, esta escuela me trae tantísimos recuerdos, recuerdos de todo: de mi boda, del nacimiento de mis hijas y ¡cómo no! de todos y todas mis alumnos y alumnas y de sus familias. Si fuera a recordar el nombre de cada uno de ustedes seguro que pocos se me escaparían así como el puesto que ocupaban en el aula.

Y ¿cómo era aquel barrio de Las Tabladas del año mil novecientos sesenta y nueva? Era un núcleo de población muy floreciente, social y económicamente. Había mucha oferta de trabajo en los tomateros y en los pepinos. Cada una de las cuarterías, las nuevas y las viejas, estaban ocupadas por familias con tres o cuatro niños en edad escolar. La escuela era, por tanto, un punto de encuentro de la comunidad vecinal. En ella se daba clase, se decía misa, se reunían los vecinos para organizar las fiestas, se hacían los intercambios de Radio ECCA... En un cuartillo anexo estaba la megafonía que, por mayo, con sus canciones, le decía a toda La Aldea que las fiestas de Las Tabladas habían empezado.

La escuela estaba siempre a rebosar de niños y niñas de todas las edades de la escolaridad obligatoria; pues aún estaba vigente el sistema educativo del siglo XIX, la Ley de Moyano, que establecía una obligatoriedad de 6 a 12 años con posibilidad de prolongar la escolaridad hasta los 14 años.

En el año 1969 se aprobó una importante reforma educativa, materializada en la llamada Ley de Villar Palasí, que para la enseñanza primaria establecía la EGB, Enseñanza General Básica, con una primera y una segunda etapa. Entonces fue cuando, hacia 1973, se creó el Colegio Nacional San Nicolás de Tolentino o Colegio de La Ladera y los niños de la Segunda Etapa, 6º, 7º y 8º de Las Tabladas fueron a dicho colegio. Pero en el espacio de tiempo en que se implantaba la enseñanza general básica, desde 1970 a 1972, tuvimos en las escuelas que dar todos los niveles.

En aquel momento, la población de Las Tabladas había crecido mucho y la escuela se me llenó aún más, y eso que a muchos niños a la edad de 12 años los quitaban para llevarlos a los tomateros. Las familias se me acercaban y me decían que con el dolor de su alma tenían que retirar a sus niñitos para que les ayudaran en las fincas y, por otro lado, me pedían que les admitiera a los más pequeñitos, aunque no tuvieran la edad de escolarización. Siempre tuve una gran comprensión con este problema y ellas me lo agradecían. Me dediqué de lleno a sacar adelante aquellos niños y niñas, con la fuerza que me daban mis

jóvenes años.

En 1970, la matrícula escolar de Las Tabladas sobrepasaba los cuarenta alumnos, que era el tope establecido por la antigua legislación educativa. La situación era muy difícil y se tuvo que desdoblar la escuela. En aquel año, mi apreciado profesor don Federico Rodríguez Gil, hacía las funciones de director de todas las escuelas del municipio, aunque sólo lo fuera de la Agrupación Escolar Mixta. Y propuso al Inspector don Mariano Angulo la posibilidad de desdoblar alguna escuela del municipio con el profesor de Educación Permanente de Adultos, Francisco Suárez Moreno, nuestro amigo Siso. Y como quiera que la escuela de Las Tabladas fuera la que mayor número de niños tenía, se optara por ésta, teniendo en cuenta que dicho maestro podía continuar trabajando con los adultos en este barrio ya que había muchos jóvenes predispuestos. De esta forma se me aligeró mucho la carga; pues yo impartía por la mañana, de 9 a 2 a los niveles de segundo, tercero, cuarto y quinto y luego Siso, dedicaba tres horas por la tarde a los parvulitos y dos horas por la tarde-noche a los adultos. De esta forma empecé a trabajar en equipo con Siso continuando en La Ladera y en el Instituto: Junto hemos llevado a cabo muchos proyectos educativos hasta el año pasado en que me jubilé.

Aquí, con ustedes, que antes eran parvulitos y niños y ahora son padres, madres, abuelos y abuelas, aquí... con ustedes, pasé seis años. Aquí fui acumulando, año tras año,

experiencias docentes. Aprendí a actuar con serenidad ante los enormes problemas de matrícula, de asimilación de conocimientos y educación de los alumnos, tratando siempre de inculcar en ellos los valores de generosidad, justicia e integridad aprendidos de mis profesores: doña Josefa, don Federico, don Paco, señorita Maruca y señorita Carmen, los únicos profesores que he tenido. Intenté ser una maestra en toda su dimensión y no sé si llegué a conseguirlo en toda esa amplitud que tan alto concepto conlleva.

De verdad que yo, como otros tantos compañeros y compañeras de profesión, había llegado a la misma por casualidad. En aquellos años, aquí, en La Aldea, no podíamos alcanzar metas más altas. Nuestros padres no nos iban a mandar a estudiar solas a Las Palmas, pues todos ustedes saben cómo se pensaba en aquella época. Con el paso de los años me he dado cuenta de que aquella casualidad terminó en vocación, porque tengo el convencimiento de que yo nací para ser maestra.

Pero volviendo a ustedes, queridos alumnos ya alumnas, padres y madres, les digo que los recuerdo con mucho cariño. Saben que los saludo a todos y a todas y si se me escapa alguno es porque no lo reconozco, por el cambio físico que han experimentado con el paso de los años.

No recuerdo que ninguno me diera un disgusto. Sí alguno fue más juguetón que otro, unos más aplicados y otros menos;

unos con más capacidades y otros un poco más limitados, unos muy puntuales otros más absentistas en el período de la zafra... Cada estudiante es único y tiene su forma de ser y de aprender, intereses, motivaciones y hasta problemas distintos y nosotros debemos tenerlo muy en cuenta. Es lo que los técnicos de educación hoy día catalogan como la necesaria atención a la diversidad.

Una parte muy importante de ustedes se incorporó muy pronto al mercado del trabajo, concretamente en las fincas de los Rodríguez Quintana y luego se han consolidado muy bien en profesiones laborales e incluso empresariales con éxito; algunos han llegado a estudios superiores y dan clases en colegios e institutos. No quiero mencionar nombres porque a todos no se puede nombrar y si lo intentara seguro que se me escaparía alguno: pero sí lo voy a hacer con tres, porque nos abandonaron en la flor de la vida: Lupita, Timoteo y José Luis.

¿Y el paisaje? porque él forma parte de nuestros recuerdos. ¡Ay!, qué les digo: pues que recuerdo con toda claridad el huertito que hicimos en el ángulo de entrada a la escuela. En el plantábamos todo lo que los niños traían. Lo regábamos y mimábamos aquellos brotes de la vida vegetal que crecían a la par con el desarrollo cognitivo y físico de los niños y niñas.

La Tienda de Lolina y Paquito, luego de Antonio, *El Rubio*, donde concurrían las familias, punto de encuentro donde

llegaban todas las noticias. La Virgen de Fátima en el aula, toda llena de flores, sobre todo en el mes de mayo cuando hacíamos altares y cantábamos, recitábamos poesías...

También recuerdo el ruido de aquellos pesados camiones de cabinas verdes oscuras, propiedad de los Rodríguez, al pasar delante de la escuela dejando la estela polvorienta de un desierto. La aljibe, donde se abastecía el barrio de agua, el ladrido continuo y ensordecedor que se metía por la ventana de la escuela de –lo han adivinado- de los perros de *Garrapito*. En fin, tantos recuerdos, olores, paisajes, ruidos, sabores como los de la leche en polvo a la hora del recreo que los chiflaba a todos... todo ello forma parte de ese mundo ya lejano que en ocasiones tan solemnes como ésta de la apertura, del pregón de la Fiesta de la Virgen de Fátima, conviene darles vida.

En otros aspectos personales, de mis vivencias aquí con ustedes, hace casi 40 años, señalo que traía conmigo, cuando no tenía con quien dejarla, a mi hija Marta; no saben ustedes lo que alegraba la escuela una niña pequeñita, a la que cogían y soltaban los niños y niñas como si de una muñeca de carne y hueso se tratara. Todavía alguno de ustedes se lo recuerda.

Por otro lado, el único inconveniente que tenía este destino, para mí y para todos los vecinos, era el barranco grande. Y miren que corrió bastantes veces en aquellos seis años. Teníamos que dar la vuelta por La Playa, bajar por la carretera de don Armando, llegar a Furel y tomar la Cuesta. Lo digo como

algo del pasado, pero resulta que el problema sigue vigente.

En cuanto alguna curiosidad, les voy a contar que en una ocasión Juanita, la madre de Iluminada, fue a decirme que su hija no quiere ir a la escuela. Extrañada, por ser una niña muy aplicada, le pregunto el motivo y me contesta que la niña dice que si no le cambia todos los días de vestido igual que la maestra no va más a la escuela.

Ustedes saben que siempre me ha gustado salir con los niños de excursión y aquí en Las Tabladas lo hacíamos: unas veces a La Playa, otras a La Cruz, Furel, Los Azulejos... Y no saben lo contentos que salían todos ustedes y lo feliz que era yo.

También hacíamos labores con las niñas; ¿en qué casa de Las Tabladas no había un cojín de arpillera y estambre en forma de sol y un bolso de lona bordado con hilo de lana? Es cosa que ustedes recuerdan más que los propios conocimientos que les daba porque eso es así: **al maestro o maestra se le recuerda más por lo que hace que por lo que enseña.**

Ya, cuando me destinaron, primero al colegio de La Ladera y luego al Instituto, siempre los tuve presentes a ustedes como padres y abuelos y a mis alumnos como hijos y nietos de ustedes. En algún caso he tenido la experiencia de tener a la madre como alumna y luego nada menos que a tres hijos como profesora y tutora a la vez, en tiempo espaciado. A los demás, que son muchos pero como profesora y no como tutora, les digo que casi siempre los sacaba por la pinta, sabía de quién era

porque algunos eran y son el vivo retrato de sus madres o padres.

* * *

Pero, ustedes me han invitado a pregonarles esta su y nuestra fiesta de la Virgen de Fátima, traída aquí a mediados de los años sesenta del siglo pasado, cuarenta años atrás. Sé que la comisión pone un gran interés en sacarla adelante, porque les pertenece al recuerdo y está enraizada en su entorno.

Por pregonar que sea les digo que sean unas fiestas sencillas en su programación pero concurridas en la participación social.

Que sea una fiesta sana y alegre, que refleje cada día mejor cohesión comunitaria y que revalore la identidad del barrio.

Una fiesta cargada de las flores para la Virgen que tanto júbilo proporcionan.

Que desde abajo, desde el pueblo, vuelvan a oírse aquellas piezas musicales que alegran el mes de mayo, de por sí de los más atractivos del año. Así como los voladores y los fuegos, tan explosivos y llenos de mil colores que engalanan el cielo aldeano.

Que la Virgen de Fátima los ilumine y consigan una buena fiesta en este año 2006.

Que tengan suerte y, sobre todo, mucha salud.

Y que... me tienen siempre a su disposición.

Muchas gracias por invitarme a pregonar esta fiesta de 2006 y por estar tan atentos a este pregón que ya he finalizado

Gracias por la atención.